

cuartos en el bolsillo, iban á comenzar los disgustos por otro lado! Volvió al castillo desesperado.

Precisamente Cañón, que no había parecido desde hacía dos meses, estaba allí, sentado en una piedra, esperando á Jesucristo. Cuando le vió á lo lejos le gritó:

—¡Eh! ¡tú! tu hija está en el bosque con un hombre encima.

El padre estuvo á punto de morir de indignación; la sangre se le subió al rostro y gritó furioso:

—¡Cómo me deshonra esa cochina!

Y descolgando el látigo que tenía detrás de la puerta, bajó rápidamente la empinada cuesta y llegó al bosquecillo. Pero los gansos le servían de fieles centinelas cuando la Trouille estaba con algún hombre. En seguida el guía, al ver al padre, alargó el pescuezo y á la cabeza de la bandada se acercó hacia donde estaba su ama. Con las alas en movimiento y el cuello estirado, silbaba, produciendo una amenaza continua y estridente, en tanto que los otros, desplegados en orden de batalla, alargaban también los cuellos, abrían desmesuradamente sus enormes picos amarillentos y se disponían á morder. El látigo chasqueaba, y por entre las hojas oyóse el huir precipitado de los animales. La Trouille, advertida á tiempo, escapaba también.

Cuando Jesucristo descolgó el látigo, sintióse acometido de una gran tristeza filosófica. Acaso la desvergonzada terquedad de su hija le hacía compadecer las pasiones humanas. Acaso también sentía la reacción de la gloria ocasionada por su triunfo de Cloyes. Sacudió sus descuidadas mele-

nas de Cristo viejo y de borracho sempiterno, y dijo á Cañón:

—¿Quieres que te diga una cosa? pues todo esto no vale un pedo.

Y levantando la pierna, en medio de la semi-obscuridad, soltó uno desdeñoso y potente como para hundir con él la tierra.

#### IV.

Eran los primeros días de Octubre; iba á comenzar la vendimia; hermosa semana de alegría y de paz, durante la cual las familias desunidas se reconciliaban de ordinario alrededor de los barriles de vino nuevo.

Rognes estaba comiendo uvas desde hacía ocho días; tanto se comían, que las mujeres se remangaban las faldas y los hombres se bajaban los calzones al pie de todos los árboles; y los enamorados, llenas sus caras de mosto, se besaban y achuchaban en las viñas. Todo aquello concluía en que muchos hombres se emborrachaban y muchas mujeres se quedaban embarazadas.

Al otro día de su excursión á Cloyes, Jesucristo se puso á buscar los ahorros de su padre. Puesto que probablemente el viejo no llevaba siempre consigo su dinero y sus títulos, claro está que los tendría escondidos en algún agujero. Pero por más que la Trouille ayudó á su padre, revolvieron al principio la casa sin haber podido encontrar nada, á pesar de su buena nariz de merodeadores, y hasta la semana siguiente no fué cuando el cazador furtivo, por casualidad, al bajar de una tabla una

manita vieja que ya no usaban, descubrió dentro un legajito de papeles envuelto cuidadosamente en la engomada tela del forro de un sombrero; pero no había ni una sola moneda. Sin duda el dinero estaría en otra parte; debía haber un magnífico montón, porque desde hacía cinco años el viejo no gastaba nada. Aquellos eran títulos y representaban trescientos francos de renta al cinco por ciento.

Jesucristo, al contarlos y volverlos á contar entre sus trémulas manos, dejó caer otra hoja; pero ésta era de papel sellado, lleno de renglones muy claros y de letra muy grande, la lectura de la cual lo dejó estupefacto. ¡Ah, diablo! Ya estaba el pastel descubierto; ya se sabía dónde iba á parar el dinero.

¡Una historia de los demonios! Un mes después de haber repartido su hacienda entre sus hijos, el viejo había caído enfermo á consecuencia sin duda de la desesperación y tristeza que le causaba el pensar que ya no tenía ni un cuarto ni nada que le perteneciese. Entonces fué cuando deseoso de poseer algo otra vez, cometió una estupidez, la estupidez de firmar una escritura en virtud de la cual el tío Salchicha le dejaba una tahulla de tierra cuando se muriese, á cambio de que mientras viviera le entregara él al tío Salchicha quince sueldos diarios. ¡Firmar semejante cosa á los setenta y seis años, y con un hombre que tenía diez menos que él!

Es verdad que el tío Salchicha había tenido buen cuidado de meterse por aquellos días en la cama y de toser mucho, si bien tan pronto como la escritura estuvo hecha se encontró muy aliviado,

do, y desde entonces á la fecha, en los cinco años transcurridos no había vuelto á tener un dolor de cabeza.

Por un momento Jesucristo tuvo tentaciones de quitárselo todo, los títulos y la escritura; pero le faltó valor, porque después de semejante golpe, era necesario escapar del pueblo. Y furioso volvió á dejarlo todo en su sitio, pero su exasperación era tan grande que no pudo contener la lengua, y al día siguiente todo Rognes conocía lo de los quince sueldos diarios al bribón del tío Salchicha. La cosa ascendía durante los cinco años á mil cuatrocientos francos. Se burlaban de Fouan, pero así y todo, cuando lo supieron rentista, él, á quien nadie hacía caso cuando creían que no le quedaba más que el pellejo, fué de nuevo saludado con respeto y considerado.

La familia sobre todo varió mucho. Fanny, cuyas relaciones con su padre eran muy frías, se apresuró á visitarle y á llevarle camisas viejas de Delhomme, aunque sin conseguir que su padre, ofendido todavía por el recuerdo de lo que le había ocurrido con ella, la recibiese bien.

Cuanto á Buteau, dejó á todos asombrados cuando vieron que se presentaba un día en el castillo con el único propósito, según dijo, de hacer una visita á su padre. Jesucristo, con mucha sorna, sacó la botella del aguardiente y brindaron. Pero su buen humor se convirtió en estupefacción cuando le vió colocar encima de la mesa dos monedas de cien sueldos y oyó decir á su hermano:

— Padre, hay que arreglar nuestras cuentas.... Aquí está el último trimestre de la renta.

Pero en seguida, apartando el dinero de la ma-

no del viejo que se acercaba por cogerlo, añadió:  
—¡No! ¡os las enseño para que veáis que las tengo..... Pero os las guardo yo; ya sabéis dónde os esperan.

Jesucristo comenzó á abrir ojo y á enfadarse.

—Oye tú, ¿á qué vienes á fastidiar á papá?

Pero Buteau en seguida tomó la cosa á broma.

—¡Cómo! ¿estás celoso? ¿Pues qué, no podía padre vivir una semana contigo y otra conmigo y sería lo más natural? ¡Eh! ¿por qué no os cortáis en dos pedazos, padre?..... ¡Entretanto, á vuestra salud!

Al marcharse les invitó á ir al día siguiente á la vendimia de sus viñas, prometiéndoles que se comerían todas las uvas que les cupiesen en la barriga. Ellos le acompañaron hasta el recodo de la carretera por dar un paseo al mismo tiempo.

En el camino encontraron al señor y á la señora de Charles, que entraban acompañados de Elodia en su propiedad de Rosa Blanca, después de un paseo por la orilla del Aigre. Los tres iban de luto por la muerte de Estrella, que llamaban á la madre de la muchacha, fallecida en Julio y muerta de pena, pues según decía la señora de Charles, á su vuelta de todos sus viajes á Chartres la pobrecilla se quitaba la vida trabajando por mantener la reputación del establecimiento de la calle de los Judíos, en la cual casi no pensaba el bribón de su marido.

En seguida Buteau los convidó á la vendimia, pero ellos se negaron á causa del luto. Tenían caras tristes y gestos lentos, y meneos de cabeza verdaderamente desesperados. Todo lo que aceptaron fué la invitación para probar el vino nuevo.

—Y eso por distraer á esta pobre niña— declaró la señora de Charles. —¡Tiene aquí tan pocas diversiones desde que la hemos sacado del convento! ¿Qué queréis? ¡Tiene diez y siete años y no puede estar toda la vida yendo á clase!

Elodia escuchaba con los ojos bajos y las mejillas invadidas por el rubor sin razón para ello. Estaba muy alta, muy delgada y con la palidez de un lirio que vegeta á la sombra.

—¿Y qué vais á hacer con esta muchacha que está hecha toda una mujer ya?— preguntó Buteau.

Ella se puso más colorada todavía, mientras su abuela contestaba:

—¡Caramba! todavía no lo sabemos. Que ella consulte consigo misma y la dejaremos en libertad de hacer lo que quiera.

Pero Fouan, que había cogido aparte á Charles, le preguntaba con interés:

—¿Cómo va el negocio?

Él se encogió de hombros con ademán desesperado.

—¡Ah diablo! precisamente esta mañana he estado hablando con uno de Chartres, y por eso estamos tan aburridos..... ¡Aquella es una casa muerta! La gente se pega por los corredores, y algunos ni siquiera pagan; de tal suerte está abandonada la vigilancia. ¿Y creeréis que ahora el muy miserable de mi yerno va al café? ¡Al café, cuando tiene uno en su casa!

—Entonces se acabó todo— dijo Jesucristo, que escuchaba la conversación.

Callaron, porque se aproximaba la señora de Charles con Elodia y Buteau. Los tres hablaban

de la difunta, y la joven decía que estaba muy triste por no haber podido abrazar á su pobre mamá. Luego añadió con candidez:

— Pero parece que la desgracia ha sido tan repentina á causa de lo mucho que había que trabajar en la confitería.....

— Sí, para los bautizos — se apresuró á decir la señora de Charles guiñando los ojos á los otros.

Nadie se había sonreído porque todos compadecían á la huérfana; y ésta, cuya mirada se había fijado en una sortija que llevaba puesta, la besó respetuosamente y en silencio.

— ¡Esto es todo lo que me han dado de ella!.... La abuela se la quitó del dedo para ponerla en el mío..... Ella la llevó veinte años, y yo la guardaré toda mi vida.....

— Cuando la hayas usado tanto como tu madre, podrás descansar tranquila — dijo el señor Charles acometido de un repentino acceso de emoción..... Si pudiese hablar, te diría cómo se gana dinero con orden y trabajo.

Elodia, llorando, había puesto otra vez sus labios en la sortija.

— Mira — le dijo la señora de Charles — quiero que te sirva de anillo de las arras cuando te cases.

Pero al oír esta frase, á la idea del matrimonio, la joven, en su enternecimiento, experimentó una sacudida tan fuerte, tal exceso de confusión, que se arrojó á los brazos de su abuela para esconder la cara. Ésta la calmó sonriendo.

— Vamos, tontuela, no te avergüences..... Es menester que te acostumbres á pensarlo, porque

casarse no es ninguna cosa fea. Está segura de que en presencia tuya no diría yo nada que lo fuese..... Tu primo Buteau preguntaba ahora poco qué íbamos á hacer contigo. Pues empezaremos por casarte..... Vamos, vamos, mírame, no te frotes la cara contra mi vestido.

Y luego, con cara satisfecha, y dirigiéndose á los otros, añadió:

— ¿Eh? ¿qué tal? ¡Esto se llama educar muchachas! ¡No sabe nada de nada!

— ¡Ah! si nouviésemos este ángel, sufriríamos mucho á causa de lo que estaba diciéndoos..... Con el recuerdo de lo que allí pasa, mis rosales y mis claveles se han echado á perder este año, y mi pajarera está tan descuidada, que todos los pájaros están enfermos. Solamente la pesca me consuela un poco..... Ayer cogí una trucha que pesaba tres libras, ¿no es verdad? Cuando uno vive en el campo es para vivir tranquilo y feliz.

Se separaron después de despedirse. Los Charles repitieron su promesa de ir á probar el vino. Fouan, Buteau y Jesucristo dieron algunos pasos en silencio, y luego el viejo resumió la opinión de los tres en estas palabras:

— ¡Buena ganga será para el bribón que la pesque, con aquella casa puesta y aquel negocio montado ya!

Beeú, que á las funciones de guarda de campo unía la de pregonero, había tocado el tambor por el pueblo anunciando el comienzo de la vendimia, y el lunes por la mañana todo el pueblo tenía que estar en las viñas, porque no había nadie que no tuviese algunas cepas, ni familia que no tuviese que trabajar aquel día á orillas del Aigre. Pero lo

que acababa de emocionar al pueblo es que el cura nuevo, un cura que Rognes se permitía el lujo de tener, se había apeado de un carro á la puerta de la iglesia. Era el anochecer, y estaba ya tan oscuro, que no habían podido verlo bien, y por lo mismo las lenguas no se dieron punto de reposo, por lo mismo que la cosa daba poco de sí para hablar.

Después de su pelea con los de Rognes, el padre Godard, durante muchos meses, se negó á poner de nuevo los pies en el pueblo. Bautizaba, confesaba y casaba á los que iban á buscarlo á Bezoches-le-Doyen; sabe Dios lo que hubiera sucedido con los muertos, porque durante ese tiempo parece que los habitantes del pueblo se habían dado de ojo para no morir ninguno. Había declarado á monseñor el Obispo que prefería que lo matasen á llevar otra vez su persona de ministro de Dios á un pueblo de abominación, donde era tan mal recibido, donde había tanto borracho y tanto ladrón y donde todos estaban condenados desde que no creían en el diablo; y monseñor lo sostenía evidentemente y dejaba ir las cosas con la esperanza de que al fin hubiese contrición entre aquellas ovejas descarriadas. Así es que Rognes estaba sin cura, sin misa y sin nada: en estado salvaje. Al principio la gente se preocupaba, pero luego ¡qué demonio! se convencieron de que todo iba lo mismo y que hasta era una economía para el Ayuntamiento. Y de deducción en deducción, muchos llegaron á la consecuencia de que mejor era pasarse sin cura. Muchos eran de esta opinión, no sólo las malas cabezas como Lengaigne, sino también los hombres de buen sentido y que sabían calcular.

Naturalmente, el Consejo municipal se ocupó en el asunto. El alcalde Hourdequin, que, sin practicar, era religioso por amor al principio de autoridad, cometió la falta de no adoptar un partido resueltamente, y sucedió que Macqueron el teniente, antiguo enemigo de la sotana, se puso á la cabeza de los descontentos porque el pueblo se veía sin cura. El tal Macqueron debió concebir la idea de derrocar al alcalde para ocupar su puesto; y se decía también que era agente del señor Rochefontaine, el fabricante de Chateaudun, que iba á presentarse nuevamente enfrente del señor de Chedeville en las próximas elecciones. Precisamente por entonces Hourdequin, cansado, lleno de preocupaciones en la granja, se ocupaba poco de las cosas del Ayuntamiento y dejaba que el secretario hiciese lo que quisiera; de tal suerte, que pronto todo el Municipio se halló al lado de éste para votar los fondos necesarios para la creación de una parroquia en el pueblo. Solamente Lengaigne protestó contra la votación que entregaba el país á los jesuitas; pero nada, los albañiles fueron al presbiterio, y en pocos días dejaron habitable la medio derruido casa del cura.

Al amanecer, todos los carros salieron para las viñas, cargados cada cual con cuatro ó cinco toneles vacíos y con mujeres, jóvenes y viejas, que llevaban sus correspondientes cestas, en tanto que los hombres iban á pie, y de carro á carro hablaban y bromeaban entre gritos y carcajadas.

El carro de Lengaigne iba precisamente detrás del de Macqueron, y Flora y Celina, que no se hablaban desde hacía seis meses lo menos, se diri-

gieron la palabra para festejar el acontecimiento del día.

La primera llevaba en su compañía á la de Becú, la otra á su hija Berta. Bien pronto la conversación recayó sobre el cura nuevo. Las frases, sacudidas por los tumbos de los carros, salían como disparadas y cruzaban el aire frío de la mañana.

—Yo lo he visto cuando estaba ayudando á que descargaran la maleta.

—¡Ah!.... ¿y cómo es?

—¡Caramba! ¡estaba tan obscuro!.... Me ha parecido muy alto, muy flaco, con una cara de cuaresma que se puede medir por varas.... Tendrá unos treinta años. El aspecto es dulce....

—Y según dicen, viene de vivir con los auverñeses, en las montañas donde siempre durante nueve meses del año hay nieve.

—¡Demonio! ¡qué bien se encontrará entre nosotros!

—Ya lo creo.... ¿Sabes que se llama Magdalena?

—No; Madeline.

—Bueno; aunque así sea, eso no resulta nombre de hombre.

—Tal vez vaya á vernos á las viñas. Macqueron prometió que le llevaría.

—¡Ah, diablos! pues hay que estar con cuidado para verle.

Los carros se iban deteniendo al pie de la colina en el camino que bordeaba la orilla del Aigre. Y en todas las viñas las mujeres estaban trabajando afanosas y los hombres vaciando las cestas que ellas llevaban á los toneles que iban en los ca-

rros. Cuando todos los toneles de un carro estaban llenos, se iban á descargar á los lagares y volvían á la viña para emprender de nuevo la misma tarea.

Pero el rocío era tan fuerte aquella mañana, que las faldas pronto se vieron mojadas. Felizmente hizo muy buen tiempo, y el sol las secó á la vez que alegraba á los hombres que reían y bromaban, y se desafiaban á quien dijera más desvergüenzas y porquerías de esas que desternillaban de risa á las muchachas.

—¡Caramba con Celinal!—dijo Flora á la mujer de Becú, poniéndose de pie y mirando á la de Macqueron, que se hallaba en el plantío contiguo y que se mostraba tan orgullosa con su hija Berta, á causa de su cutis de señorita.—¡Ahí la tienes, que se va secando y poniéndose amarilla que es un portento!

—¡Caramba!—declaró la de Becú;—cuando no casa una á las hijas.... Hacen mal en no dársela al hijo del albéitar que la ha pedido.... Sobre todo tratándose de una que como ésta se destroza la salud y se mata entregándose á malas costumbres.

—Lo cual no impide que el maestro de escuela ande siempre detrás de ella.

—¡Caramba!—exclamó Flora;—ese Lequen es capaz de todo.... ¡Y ahí lo tenéis, ya llega para ayudarlas! ¡Buen pájaro está!

Callaron. Víctor, que había vuelto del servicio hacía escasamente quince días, cogía sus cestas y las iba vaciando en la carromata de Delfin, alquilada para la vendimia por Languigne, con el pretexto de que él no podía abandonar la tienda. Y Delfin, que no había salido nunca de Rognes,

abría la boca sorprendido delante de Víctor, más bromista y animado, y el cual estaba además desconocido por el bigote y la perilla que llevaba y la gorra de cuartel que tampoco había abandonado todavía. Pero no le tenía envidia, porque para él no había en el mundo nada tan hermoso como trabajar en el campo. Buena prueba de ello que por dos veces se había negado á ir á Chartres á probar fortuna como Ernesto.

—Pero, animal, ¿y cuando caigas soldado?

—¡Soldado!..... ¿Pues qué, no puedo sacar buen número?

Víctor varió de conversación, y guiñando el ojo y mirando á Berta, añadió con tono pícaro:

—Oye, ¿le ha salido pelo desde que yo me marché?

Delfin soltó una carcajada, porque el fenómeno de la hija de Macqueron seguía siendo la diversión de todos los muchachos del pueblo.

—¡Ah! no se lo he visto..... Tal vez le haya crecido por primavera.

—Pues yo no sería quien lo regara—dijo Víctor con una mueca de repugnancia.

Berta seguía en el plantío haciéndose la señorita. De pronto se interrumpió exclamando:

—¡Dios mío, qué vestido tiene!..... Bien me habían dicho que había venido anoche al mismo tiempo que el cura.

Era Susana, la hija de los Langaigne, que se arriesgaba á una aparición en su pueblo después de tres años de vida desenfrenada en París. La sensación fué extraordinaria, porque se había puesto, para presentarse de improviso, un vestido azul magnífico. La admiración fué general por su ele-

gancia y por su belleza; las mujeres la miraban con envidia.

—Ahí la tenéis—decía Celina.....—Flora cuenta á cuantos quieren oirla que su hija ha tenido criados y carruajes cuantos ha querido. Y será verdad, porque hay que ganar mucho dinero para ponerse esos corsés y esos vestidos tan ricos.

—¡Oh! esas tunantas ganan el dinero con facilidad—dijo Lequeu, que quería ser amable.

—¿Qué importa que así sea?—replicó Celina con amargura;—el caso es que lo tienen.

Pero en aquel momento, Susana, que había visto á Berta y que la reconoció como una de sus antiguas compañeras de las Hijas de María, se acercó á ella con amabilidad:

—Buenos días; ¿cómo estás?

—Muy bien, gracias—respondió Berta, dominada por la influencia de la otra.

Aquel día los Langaigne vencían: era el saludo de las muchachas un verdadero hofetón para los Macqueron. Celina, fuera de sí, comparaba la delgadez y el mal color de su hija ya ajada con el buen aspecto de la hija de los otros, que estaba gruesa y guapa. ¿Era esto justo? Una puta que no hacía más que echarse encima hombres y más hombres y que no se fatigaba, y una joven virtuosa, tan estropeada de dormir sola como una mujer envejecida por tres ó cuatro partos. No, la honradez y buena conducta no se veía premiada, y maldito si valía la pena de ser mujer honrada en su casa.

Todas las vendimiadoras agasajaron á Susana. Ella besó á muchachos que habían crecido, y emocionó á los viejos recordándoles incidentes de la

vida pasada. Y es que el éxito todo lo justifica.

Al dar las doce todos dejaron el trabajo y se pusieron á comer pan y queso. Y no es que tuvieran apetito, porque estaban comiendo uvas desde el amanecer, sin cesar ni un momento; ya muchas personas habían tenido necesidad de retirarse detrás de un cercado. Cuando la que se iba era una muchacha, naturalmente se reían y bromeaban con ella, sin que nadie se enfadase, porque era la costumbre.

Estaban todos acabando el pan y el queso, cuando apareció á lo lejos Macqueron acompañando al padre Madeline, el nuevo cura del pueblo. Todos olvidaron á Susana, y ya nadie se acordó más que del cura. Francamente, la impresión no fué muy buena; pero él saludaba con afecto al pasar por delante de los plantíos, y como á cada persona dirigía una palabra de afecto ó una pregunta de interés, acabaron por sentir simpatías hacia él. Era bueno y amable, y ya le harían entrar en cintura mejor que al pícaro del padre Godard. Por detrás de él se burlaban. El cura había llegado á lo alto de la colina, y allí permanecía inmóvil contemplando la inmensidad llana y gris de la Beauce.

Precisamente allí estaban las viñas de Buteau, y Elisa y Francisca trabajando y Jesucristo, que no había dejado de llevar á su padre, estaba ya borracho de mosto, y como además la presencia del cura le excitó, empezó á ventosear de un modo insufrible.

—¡Animal, mal educado!—le gritó Buteau.—Espera al menos á que se vaya el señor cura.

Pero Jesucristo no aceptó la reprimenda y contestó con el tono más natural del mundo:

—No lo hago para él, sino por darme gusto á mí mismo.

Al lado estaba la viña de la Grande donde trabajaba su nieto Hilario, el cual, aprovechando una pequeña ausencia de su tía, se estaba poniendo el cuerpo hinchado de uvas.

—¡Cuidado con la tía!—dijo Buteau, yendo á sentarse un momento al lado de su padre, á quien seguía adulando desde que ya no era pobre;—¡cuando revienten todos, nos alegraremos! No está bien hecho eso de abusar así de un pobre idiota porque sea fuerte como una bestia de carga.

En seguida la emprendió con los Delhomme, que también tenían las cepas por allí cerca. Tenían las mejores viñas del pueblo, y muy grandes, puesto que ocupaban una docena de personas en la vendimia. Como estaban muy bien cuidadas las cepas, daban uvas que no podían compararse á las de ningún vecino, lo cual los tenía tan orgullosos, que no había quien los aguantara mientras duraba la vendimia. ¡No se les habrían roto las piernas por subir á saludar al padre, en vez de hacer como si no supiesen que él estaba allí! ¡Aquel Delhomme, siempre con el trabajo y la justicia á vueltas! ¡y aquella Fanny, siempre incomodándose por todo, exigiendo que se la adorara como á una imagen, sin apercibirse de las porquerías que hacía á los demás!

—La verdad, padre—continuó Buteau—es que yo os quiero de veras, mientras que mi hermano y mi hermana.... Ya sabéis que yo tengo el corazón muy ancho.

Y echó todas las culpas sobre Francisca, á la que Juan había trastornado la cabeza. Pero ella



estaba tranquila ahora. Como volviera á las andadas, ya le refrescaría él la sangre.

—Vamos, padre, ¿por qué no volvéis con nosotros?

Fouan quedó silencioso prudentemente. Esperaba que su hijo acabara de explicarse; mientras, no quería responder ni sí ni no. Entonces Buteau continuó, después de asegurarse de que su hermano estaba al otro extremo de las viñas:

—¿No es verdad? Vuestro sitio no está al lado de ese perdido de Jesucristo. Acaso una mañana se os encuentre asesinado..... Y por otra parte, yo os daré casa y comida y todo lo que sea menester, con la pensión.

El padre había abierto los ojos estupefacto. Pero como seguía sin hablar, el hijo quiso acabar de convencerle.

—¡Y vuestro café, y algún trago, y cuatro sueldos de tabaco!

Era demasiado, y Fouan tuvo miedo. Sin duda que no estaba muy bien en casa de Jesucristo; pero ¿y si comenzaban otra vez los disgustos en casa de Buteau?

—Hay que pensarlo—se contentó con decir, levantándose para terminar la conversación.

Se vendimió hasta el obscurecer. Los carros no cesaban de llevar toneles llenos y de traerlos vacíos. En las viñas, doradas por el sol poniente, bajo un cielo hermoso, se activa el trabajo en medio de la borrachera de mosto.

A Berta le ocurrió un accidente: la acometió un gran cólico, tan fuerte que ni aun pudo marcharse de allí; su madre y Lequeu tuvieron que tajarla mientras ella se acurrucaba allí mismo. Pero la

vieron desde la pieza vecina. Víctor y Delfín querían llevarla papel; pero se lo impidieron Flora y la Becú, porque hay ciertos límites que sólo salvan los mal educados. Se dió al fin la vuelta. Los Delhomme iban á la cabeza, la Grande obligaba á Hilario á tirar con el caballo, los Lengaigue y los Macqueron fraternizaban en la semiembriaguez que debilitaba su rivalidad. Lo que se notó sobre todo fueron las cortesías del abate Madeline y de Susana; él la creía sin duda una dama al verla mejor vestida; la acribillaba á miradas, marchando á su lado, y ella se hacía la interesante, preguntándole la hora de la misa del domingo. Detrás de ellos iba Jesucristo, que odiando las sotonas, volvía á sus bromas con una terquedad de borracho. A cada cinco pasos alzaba la pierna y soltaba uno. La muchacha se mordía los labios para no reír, y el sacerdote hacía como que no oía; y muy serios, acompañados de aquella música, continuaban cambiando ideas piadosas detrás de los vendimiadores.

Cuando llegaron á Rognes, Buteau y Fouan, avergonzados, trataron de imponer silencio á Jesucristo. Pero él seguía diciendo que el señor cura iba muy ocupado para incomodarse.

—¡Cuando os digo que esto no es para nadie, sino para mí solo!

A la semana siguiente, pues, fueron todos invitados á probar el vino en casa de los Buteau. Los Charles, Fouan, Jesucristo, cuatro ó cinco más, debían ir á las siete con objeto de comer antes. Durante el día Buteau había metido su vino en las botas de la bodega. Pero otros vecinos no estaban tan adelantados: uno de ellos, vendimiando

aún, estaba pisando uva completamente desnudo desde por la mañana. Otro armado de un palo cuidaba de la fermentación. Y así sucesivamente en cada una de aquellas casas andaba la gente dedicada á una operación distinta; pero en todo Rognes se manejaba vino, y de todas partes salía un olor tan fuerte al mosto, que por sí solo bastaba para emborrachar á la gente.

Aquel día, al salir del castillo, Fouan tuvo un presentimiento que le aconsejó quitar sus papeles de la marmita vieja donde los tenía escondidos. Mejor era llevarlos en el bolsillo, porque había observado que Jesucristo y la Trouille no hacían más que mirar al techo. Salieron muy temprano los tres juntos, y llegaron á casa de los Buteau al mismo tiempo que Charles con su mujer y su nieta.

La luna llena alumbraba de tal modo que parecía un verdadero sol, y Fouan, al volver al corral, notó que el borrico Gedeón, bajo el cobertizo, tenía la cabeza metida en un lebrillo. No le asombraba encontrarlo en libertad, porque el muy pícaro sabía levantar muy bien los picaportes con la boca; pero intrigándole aquel lebrillo, se aproximó y vió que era de la cueva y que estaba lleno de vino. ¡Tunante Gedeón! ¡y se lo bebía!

—¡Eh! Buteau, ven!..... Buena la está haciendo tu borrico!

Buteau apareció en el dintel de la cocina.

—¿Qué pasa?

—Ahí tienes, se lo ha bebido todo.

Gedeón en medio de aquellos gritos acababa de sorberse el líquido con tranquilidad. Acaso hacía un cuarto de hora que estaba bebiendo, porque el

lebrillo contenía muy bien unos veinte litros. Se lo había bebido todo, y parecía que su barriga iba á estallar; y cuando levantó la cabeza se vió su hocico brillante, en el cual una raya roja indicaba hasta donde lo había metido.

—¡Ah! ¡el tunante!—exclamó Buteau acudiendo. No hay vicioso como él.

Cuando le reprochaba sus vicios, Gedeón tenía la costumbre de enfadarse enderezando las orejas. Aquella vez, aturdido, perdiendo todo respeto, irguió su cuello para expresar la alegría sin remordimientos de su pillada; su amo le dió un empujón y vaciló.

Fouan tuvo que sostenerlo.

—¡Pero el cochino está borracho perdido!

—Borracho como un borrico, como se dice—observó Jesucristo riendo y contemplándolo con admiración fraternal.—¡Un lebrillo de un sorbo!

Buteau no reía, ni Elisa y Francisca que habían acudido el ruido. Desde luego el vino estaba perdido; pero no les apuraba tanto aquella pérdida como lo que dirían, por aquella conducta del borrico, los Charles. Estos se mordían los labios á causa de Elodia. Para colmo de desdichas, quiso el azar que Susana y Berta, que se paseaban juntas, encontrasen al abate Madeline precisamente delante de la puerta; y los tres se detuvieron á escuchar. ¡Vaya una vergüenza, delante de toda aquella gentel!

—Padre, lleváoslo—dijo Buteau en voz baja.—Hay que entrarlo pronto á la cuadra.

Fouan lo empujó. Pero Gedeón, que se encontraba muy bien, rehusaba abandonar aquel sitio. Se hacía el pesado, afianzando sus patas, y cejaba

á cada sacudida, como si hubiera encontrado la broma graciosa. Y cuando Buteau se mezcló en ello, empujando también, aquello no fué largo: el asno se tumbó con las cuatro patas por alto, luego se echó á rodar y comenzó á rebuznar con tanta fuerza, que aturdió á todo el mundo.

—¡Ah! cochino! ¡voy á enseñarte á ponerte malo!—gritó Buteau cayendo sobre él á patadas.

Lleno de indulgencia, Jesucristo se interpuso.

—Vamos, vamos.... pues que está borracho, no hay que pedirle nada razonable. Ya que no entiende, lo mejor será ayudarle á encontrar su domicilio.

Los Charles se habían apartado pasmados de las extravagancias de aquel animal sin conducta; mientras que Elodia, muy encarnada, como si presenciara un espectáculo indecente, volvía la cabeza. En la puerta, el grupo del cura, Susana y Berta, silenciosos, protestaban con su actitud. Iban llegando los vecinos y comenzaban á murmurar en voz alta. Elisa y Francisca habrían llorado de vergüenza.

Sin embargo, conteniendo su rabia, Buteau, ayudado de Fouan y de Jesucristo, trabajaba para poner en pie á Gedeón. No era aquello cosa fácil, porque el tunante pesaba mucho con aquel mar de vino que tenía dentro del cuerpo. Cuando se le había enderezado de un lado, caía del otro. Los tres agotaban sus fuerzas empujándolo con sus rodillas y sus codos. Habían conseguido al fin ponerlo sobre sus cuatro patas, y hasta le habían hecho dar algunos pasos, cuando de pronto se tumbó de nuevo. Y había que atravesar todo el corral para llegar á la cuadra. ¿Cómo hacerlo?

Los tres hombres juraban, mirándolo por todos lados sin saber por dónde cogerlo.

Jesucristo tuvo la idea de acercarlo á una de las paredes del cobertizo; de allí lo llevarían, dando la vuelta y siguiendo toda la pared de la casa, hasta la cuadra. Todo iba bien al principio, aunque el asno se resistía. Lo malo fué que aquel roce se le hizo sin duda insoportable, y de pronto, desembarazándose de las manos que lo llevaban pegado á la pared, dió un salto y echó á correr.

—¡Detenedle, detenedle!—gritaban de todos lados.

Entonces, á la claridad de la luna se vió á Gedeón corriendo por el corral en frenético ziszás, con sus orejas muy derechas. Se le había removido mucho el vientre y estaba enfermo. Un primer retortijón lo detuvo. Quiso escapar otra vez, y cayó sobre sus patas. Un temblor terrible agitaba sus costados. Y con un eructo de borracho que se desahoga, echando su cabeza hácia adelante á cada esfuerzo, comenzó á vomitar como un hombre, un verdadero río rojo, con ruido de esclusa, y cuya ola corría hasta el sumidero.

Una carcajada enorme estalló á la puerta entre los campesinos que se agolpaban, mientras que el abate Madeline, débil de estómago, palidecía entre Susana y Berta, que se lo llevaron con palabras de indignación. Pero el aspecto ofendido de los Charles decía, sobre todo, cómo la exhibición del asno en aquel estado era contraria á las buenas costumbres y aun á la sencilla consideración que se debe á todo el mundo. Elodia, arrebatada, llorosa, se había echado al cuello de su abuela, preguntando si se iba á morir. Y el señor Charles

gritaba: «¡Basta, basta!» con su antigua voz imperiosa de patrón obedecido; pero el borrico continuaba y el patio estaba ya lleno. Luego se tendió con las patas tan abiertas y se vació el vientre de un modo tan poco conveniente, que jamás borracho alguno atravesado en una calle dió tanto asco á las gentes. Se hubiera dicho que el miserable lo hacía á propósito para deshonorar á sus amos. Aquello era demasiado. Elisa y Francisca, tapándose la cara, huyeron á esconderse en el fondo de la casa.

—¡Basta, lleváoslo!

En efecto, no había otro partido que tomar, porque Gedeón, trastornado por completo, se dormía. Buteau fué á buscar una cuerda, y seis hombres le ayudaron á cargar con el borrico, y se lo llevaron con los miembros colgando, la cabeza balanceándose y roncando de tal modo, que no había quien parara en la casa.

Naturalmente, aquella escena entristeció al principio la cena. Pero pronto se rehicieron y acabaron por festejar de tal modo al vino nuevo, que todos, á eso de las once, estaban ya como el borrico. A cada momento había alguno que tenía necesidad de salir al corral.

El tío Fouan estaba muy alegre. Acaso haría bien en volverse á casa de su hijo menor, porque el vino sería allí bueno este año. Tuvo que abandonar el comedor á su vez, y daba vueltas en su cabeza á aquella idea, cuando oyó á Buteau y á Elisa que habían salido detrás de él, acurrucados uno al lado del otro junto á la pared y disputando porque el marido echaba en cara á la mujer que no se mostraba muy tierna con su padre. ¡Había

que camelarlo para apoderarse de su hucha! El viejo, serenado de pronto, se quedó frío, y con un movimiento se aseguró de que no le habían quitado los papeles del bolsillo, y cuando se encontró en el castillo estaba ya resuelto á no mudarse. Pero aquella misma noche vió una cosa que le heló: á la Trouille en camisa, en la alcoba muy iluminada por la luz, registrando sus pantalones y su blusa. Evidentemente Jesucristo, no habiendo encontrado la hucha, enviaba á su hija á buscarla.

Fouan no podía dormir, atormentado por todo aquello, y levantóse y abrió la ventana. De Rognes subía olor á vino mezclado al de todas aquellas cosas que habían ido dejando á lo largo de las paredes ocho días de vendimia. ¿Qué iba á suceder? ¿A dónde ir? No abandonaría su dinero, se lo cosería sobre la piel. Luego, como el viento le trajera aquellos olores al rostro, se acordó de Gedeón: buena naturaleza la de los borricos, que gozaban diez veces lo que un hombre, sin reventar. ¡No importa! no podía elegir; lo mismo le robaría un hijo que otro. Lo mejor era seguir en el castillo y vivir muy alerta. Todo su cuerpo temblaba.

## V.

Transcurrieron los meses, y pasó el invierno y luego la primavera; continuaba la vida ordinaria en Rognes, pues habrían sido necesarios años para observar variaciones en aquella monotonía de un trabajo siempre vuelto á comenzar. En Julio, bajo aquellos grandes calores, las próximas elecciones alborotaron el pueblo. Aquella vez llevaban ocul-